

ADVERTENCIA.

La cualidad de ser el siguiente artículo tan propio de la índole de este periódico, además de ser obra de uno de sus redactores, nos ha determinado á insertarlo en nuestras columnas; sin embargo de haber salido ya á luz en dos diarios de la capital. Consideramos que su mayor publicidad está en relacion con los deseos de los verdaderos amantes de las artes, con los cuales especialmente habla nuestro periódico.

Los Editores del Artista.

BELLAS ARTES.

Demolicion de Conventos.

Doloroso es declamar en la época actual contra las providencias de los que nos rigen, con mayor motivo aun cuando estas medidas emanan de corporaciones de hombres ilustrados y de conocido patriotismo, cuya mision en la presente crisis es la conservacion de las únicas riquezas de nuestro suelo que, en medio de la tormentosa disolucion que parecia abalanzarse sobre nuestras cabezas, mostraban ser inaccesibles á sus embates desoladores; pero mas dolorosa aun es la perspectiva que va á tomar la España despojada de sus monumentos artísticos, único recuerdo de nuestras bellas artes en su prosperidad, única joya que no han podido arrancar de su desnudo seno ni las invasiones ni el vuelo desgastador de los siglos. Por eso preferimos unir nuestros acentos á la voz lastimera de los verdaderos amantes de la patria, que ahogar en el silencio los impulsos de la razon

TOMO III.

dañada con una providencia que suponemos dimanar de equivocados informes. Nuestro propósito al escribir este artículo no es atacar la propuesta de la junta encargada de destinar los conventos, por la sola razon de ser agena de los fines de utilidad pública y opuesta á las necesidades del estado, pues evidentemente es mas gravosa la demolicion de los conventos *amagados* que su conservacion; sino porque este sacrificio que se hace de las obras del genio á las ideas mercantiles y á la bastarda deidad de lo positivo, será la terrible sentencia por la que se verán proscriptos de entre nosotros los sentimientos de la poesía, los últimos suspiros de las artes moribundas, las únicas letras de oro que engalanan las páginas de la arquitectura española.

No abogaré por los conventos en sus corporaciones, por el sinnúmero de religiones, cuya desproporcion con respecto al número de habitantes de nuestras poblaciones movió al gobierno á su estincion, no ciertamente: pero si clamaré por la conservacion de los buenos edificios que esas corporaciones ocupaban: y no me cansaré de clamar, como probablemente no cesarán en sus palmoteos de júbilo todos los enemigos de nuestra gloria! Enhorabuena sean demolidos los que en vez de ornato solo dan á la poblacion un aspecto lúgubre y miserable, con sus prolongadas y rústicas tapias, y que no ofrecen la menor curiosidad artística en sus fábricas, pero de ningun modo los conventos de S. Felipe el Real, la Merced, la Trinidad, y otros de mérito, con cuya desaparicion se convertirá la Corte de España en un estenso lugaron, sin una torre, sin una cúpula donde fije sus ansiosas miradas el viagero que recorra las desoladas y áridas esplanadas que la circuyen. ¿De qué servirán ahora sus costosos y magníficos retablos, sus bajo-relieves, los suntuosos sepulcros de mármol donde reposan sus fundadores? ¿qué son estas bellezas despedazadas, mutiladas, arrancadas de sus fábricas? lo que los versos de un poema como la Iliada esparramados sobre el tocador de las cortesanas. Pero llegó á la Capital de España su vez de figurar en la Europa como inculta y devastadora, por una de las estrañas anomalías que envuelve la regeneracion de todos los

9



países: y en seguida se estenderá la llaga á las provincias. No debe respetarse el genio de los que fueron — solo la baja especulacion y el interés positivo han de ser los dos faros en la tormenta.... Si fuera posible que en el sepulcro de D. Fernando Cortés se encerrara una corona de oro, no se respetarian los venerandos restos del nieto de aquel guerrero que conquistó la Nueva España!! ¿Qué quedará de esas ingeniosas trabazones que se han perdido para nosotros, de esas inmensas cúpulas empizarradas de tanto mérito, de esos arcos atrevidos, de esas armazones asombrosas cuya ejecucion costó tantas riquezas, cuya fábrica desconocen nuestros dias porque no pueden verlas ejecutar?; porque ya se ha desvanecido la creencia que las costeaba, el ingenio que tan amenudo las proyectaba, y el arte que con tanta prolijidad y perfeccion las hacia — Del mismo modo que ya no existe un hombre como el que componia los autos sacramentales, y un arquitecto como el árabe que levantó la Alhambra, y el cristiano que cerró con gigantescas bóvedas de piedra las catedrales de Burgos y Sevilla. — Muy fácil es el destruir, lo difícil y lo que necesitábamos era edificar. — ¡Y por colmo de desgracia para nosotros será costoso hasta el destruir!

Y por último no quedará una sola piedra, un solo ladrillo entero que pueda servir para edificar una mezquina y ahogada casa de lucro.

Bajo otro aspecto aun mas triste debemos tambien considerar este asunto. A la demolicion de los buenos templos de la capital, seguirá la de los demas que por todas partes embellecen nuestra Península: porque con el objeto de especulacion no se hallará un motivo para que subsista en pie el S. Gerónimo de Madrid: y por la misma causa el S. Juan de los Reyes de Toledo, monumento al que van enlazados cuantos recuerdos de grandeza y de poesía puede lanzar la memoria de su fundacion en medio de la pobreza de nuestro decaimiento y desamparo; el S. Pablo de Valladolid, asombro y vergüenza de los modernos arquitectos en aquel elegantísimo poema de su gótica fachada, Santa Engracia de Zaragoza, Santo Domingo de la Calzada, y los infinitos que descuellan sobre las sierras de la Andalucia, sirenas de los es-

trangeros y orgullo de los españoles. Y entonces ¿quién peregrinará por nuestra España para recorrer sus devastados villorrios y llorar con nosotros como Rioja con Fabio sobre las ruinas de Itálica? ¿Qué anticuario subirá los montes de Córdoba y Granada, infestados de malhechores, con el lápiz y la cartera, para enseñarnos á comprender nuestros mismos bienes (1), á apreciarlos, á no destruirlos (2)? ¿Qué quedará de las ciudades de Sevilla, Toledo, Burgos y Zaragoza, convertidas sus torres en escombros, descalabrada su cabeza gris, vendada con blancos, uniformes, é incultos paredones agujereados convertidas?; ¿en lupanar de mercaderes!; como un paladin despojado de su almete y cubierto con un económico y antipoético sombrero? ¿Qué dirán de nosotros los estrangeros? — ¿qué dijera el héroe Vivar vuelto á la luz al ver removida su losa del tumbo de Santiago, y el monasterio de Cardeña hecho polvo?

Preciso es conocer que estamos sobradamente atrasados en conocimientos para que privados de nuestras antiguas bellezas artísticas podamos llenar con nuevas producciones el yermo que vamos á poblar. — Pensamos colocarnos al nivel de las naciones estrangeras, empezando por arrancar y hollar lo que la *civilizacion*, la invasion del espíritu de la reforma de Cromwell no les permitia á ellos conservar; pero nosotros no estábamos aun, por decirlo así, desencantados y asaz prostituidos para desprendernos de unos objetos que aun no habíamos empezado á estimar: lo que iba á verificarse con la influencia de nuestra regeneracion política. Para que empezáramos á destruir debíamos poder levantar y saber lo que destruíamos — entonces la ventaja de la España sobre las demas naciones seria la de *mejorar y conservar*; sin necesidad, para colocarnos en estado tan próspero y venturoso, de haber pasado por una revolucion sangrienta y espantosa como la del terrorismo

(1) Laborde, Miurphy, y en nuestros dias M. Roberts, son acaso los únicos que ha ilustrado con inteligencia nuestro suelo tan fecundo en monumentos.

(2) Recuerden los lectores la espantosa quema reciente todavía del suntuoso panteón de Poblet.

francés. —Y ya que esos magníficos edificios han sido desocupados ¿por qué cuando podían ser mas examinados y conocidos en todo el mundo artístico, habrán de perecer antes que los siglos y los ventiscos desplomen sus cúpulas, desquicien y descoyuntan su trabazon maravillosa? ¿Por qué un poeta no ha de cantar al pié de sus campanarios y al amparo de sus gigantescos pórticos los himnos que entonó á la falda del Carmelo el autor de *los mártires* y del *genio del Cristianismo*? No podrían destinarse esos conventos que van á sufrir la dura ley, á museos, depositarios del gran caudal de hermosos cuadros de los mejores tiempos expuestos ya á desaparecer tambien? —que tal vez llegará la época en que para estudiar á Murillo y Zurbaran tengamos que recurrir á las galerías y casas de campo de los contornos de Londres. ¡Cuán á propósito seria para un *museo central*, que tanto necesitamos, el espacioso convento de la Trinidad, por su severa sencillez arquitectónica y la claridad de sus luces!

¿Estarian tambien mal empleados en fábricas, colegios, imprentas, y aun lugares piadosos donde se explicara y enseñara el Evangelio, la verdadera doctrina de Jesucrito, por buenos sacerdotes, á los vagabundos de las calles y plazas públicas?

Es incompatible la idea de que nos rige un gobierno ilustrado y amante de nuestra prosperidad, con la de que se oiga pregonar por la Côte la proscripción de las bellas-arts. Se interpela la actividad del Sr. Gobernador civil y su acreditado celo para la pronta ejecución de una medida que no acertamos á que atribuir.

La bóveda del coro de S. Felipe el Real, obra de Herrera, su hermoso patio y claustro de granito cárdeno, la hermosa fundacion de la Merced de Felipe II, su espléndido sepulcro de los marqueses del Valle, D. Fernando Cortés y su muger Doña Mencia de la Cerda, la escalinata de la Trinidad y su diseño, tambien de Herrera, la magestuosa cúpula de los Basílios, y una infinidad de preciosos bajo-relieves, obras de mazoneria, estucos, y pinturas al fresco y al temple, son objetos de cuya pérdida no hubieran podido jamás persuadirse los artistas españoles.

Si el gobierno no ataja esta fatalidad que nos

amenaza, no estrañemos que los estrangeros nos acusen de bárbaros, y suframos humildes el sonrojo de contemplar nuestra ruina sin que las corporaciones y la prensa levanten su grito, siquiera para atestiguar á la Europa su escándalo y vergüenza. No hay en esto medio. O renunciemos desde luego á toda idea de civilizacion, considerémonos todos mutuamente indignos de haber poseído en algun tiempo artistas, empecemos á vivir como irracionales: ó anule la junta encargada de destinar los conventos esta providencia que tan poco honor da á la España á los ojos de la ilustracion; conserve por todos los medios posibles esos únicos edificios de mérito que nos quedan, que tambien pueden ser productivos, como he indicado, y para construir casas como las modernas, incultas, y de especulacion, aprovechen en buen hora el terreno desperdiciado de los malos conventos y sus huertas encerradas en diformes tapias interminables, arraigadas aun en la poblacion como una planta tardia y ponzoñosa en un jardin.

No se olvide que los monumentos sagrados son las únicas bellezas que quedan á la España despedazada por la guerra civil mas espantosa, el único atractivo de los estrangeros hácia esta tierra vírgen, apenas conocida en los viages pintorescos de la Europa, los colosos que engendraron nuestros antepasados, los Arias, Alonsos, Herreras y Villanuevas, y legaron á nuestra memoria como gages de gran valía. ¡Respetemos la piedra donde grabaron su nombre tantos heróicos fundadores!... y antes de cubrir de escombros sus cenizas, volvamos los ojos hácia los ancianos muros de nuestras santas catedrales, sus fachadas de piedra denegrida cargadas de estucos y labores como el pecho de un veterano lleno de cruces, sus torres y cimborrios calados, sus esbeltas y elegantes agujas que parecen sostener las nubes, donde han bramado todos los vientos, donde por tantos siglos han subido las espirales del incienso y los cantos del cristianismo; y consideremos el solitario páramo que ofrecerá la España á las ilusiones de la poesia privada de tantas riquezas.

¡Vendrá un entusiasta anticuario desde las orillas del Báltico, y al fijar la planta sobre un

sepulcro en el pavimento de una iglesia demolida por el esfuerzo de los hombres, retrocederá asombrado dejándonos una mirada de desprecio!!

P. DE M.

POESIA.

El Contrabandista.

Subiendo la negra roca
De embarazosa montaña,
Contrabandista Español
Bridon andaluz cabalga:
Lleva el trabuco á su lado,
El cuchillo entre la faja,
Y con el humo del puro
Su voz varonil levanta.

«Que brame en la peña el viento,
Que se arda el monte vecino,
Que rompa el enhiesto pino
El aquilon violento.
Yo desprecio sus furoros;
Y aquí solo, sin señores,
De pesadumbres ageno,
Oigo el huracan sereno,
Y canto al crujir del trueno

Mis amores.»

«El albor de la mañana,
En sus matices de rosa,
Me trae la imágen graciosa
De mi maja sevillana.
Y en sus variados colores
Me pinta las lindas flores
Del suelo donde nací;
Donde inocente reí:
Donde primero sentí

Mis amores.»

«Cuando la enemiga bala,
Chilla medrosa á mi oído,
Ya mi contrario caído
El alma rabioso ecsala.
¿Qué me importan vengadores
Cien fusiles matadores
Que amenacen mi cabeza!
Con mi *moro* y mi destreza
Yo les canto en la maleza
Mis amores.»

«Sienta yo el pujante brio
Del galope de mi *moro*,
Y el trabucazo sonoro
De algun compañero mio;
Y que vengan triunfadores
Los caballeros mejores
Que empuñaron lanza ó freno.
Yo de temerles ageno
Cantaré libre y sereno
Mis amores.»

Tranquilo el Contrabandista
Aquí del canto llegaba,
Cuando un acento francés
«¡Fuego!» á su lado gritaba.
Sobre su frente pasaron
Con rudo silvar las balas,
Y gendarmes le acometen
Diciendo «¡rindete á Francia!»
Y entónces él. — «No se rinden
» Los que nacen en España»
Y contra el gefe enemigo
Su ancho trabuco descarga.
Cayeron dos como arbusto
Que el cierzo en pós arrebató.
En impetuosa carrera
El bruto gallardo arranca;
Y por sobre los peñascos
Que en rápida fuga salva,
Cantando vá el Español
Al trasponer la montaña:
«Vivir en los pirineos,
» Pero morir en Granada.»

J. Z. M.

Supersticiones populares.

ARTICULO TERCERO.

La Peña del Prior.

En un pueblo pequeño, de cuyo nombre no me acuerdo, aunque si no me engaño está situado en una de las provincias de Andalucía, me sucedió un caso que por algunos dias absorbió enteramente mi atencion.

Este pueblo tendria unos 45 vecinos y se hallaba situado en el declive de una hermosa colina, toda plantada de árboles frutales. La belleza del campo, la suavidad del clima, y la dulzura y honradez de aquellos sencillos aldeanos, me detuvieron entre ellos algo mas de lo que yo me proponia: pero al poco tiempo noté, no sin un verdadero desagrado, que daban crédito á ciertas supersticiones que chocaban hasta á los entendimientos mas limitados. Hombres muy sensatos me hablaban de niños chupados por brujas, de viejas, cuyos nombres me digeron, y que salian de su casa por el agujero de la chimenea, montadas en la caña de la escoba, y de adivinos, y de predicciones tan portentosas é increíbles, que me veia en la precision de mirarlos con atencion, para convencerme de que hablaban de veras y de que no trataban de burlarse de mí.

Decianme tambien, que para evitar las asechanzas de los malignos, clavaban en el umbral de su puerta, ó bien una herradura, ó bien una crucecita hecha de caña de trigo, para lo cual se echaban primero las espigas en el fuego, y si esta materia chisporroteaba al inflamarse, se podian poner las cañas en cruz, y por allí no entraba ningun espíritu maligno, ni cosa semejante; ó bien clavaban tambien en las ventanas, un manojito de siempre-vivas, pero que no podian pasar ni bajar de tres, cuyo número es el de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu-Santo. Asegurabanme al mismo tiempo, que en muchas ocasiones se habian encontrado culebras, ratas y otros viles insectos

mueritos, porque quisieron entrar por las ventanas, en que se habian puesto las tres siempre-vivas. Estos bichos, ya se debe suponer que no eran lo que representaban, sino gente mala y endiablada: pero todas estas cosas eran de un interés secundario; lo que entonces llamaba la atencion del pueblo y de lo que se hablaba con horror, era de cosas tremebundas que acaecieron en un despeñadero, llamado vulgarmente *la Peña del Prior*: y mas que de todo esto, de un ruido que se oia en el hueco de la misma Peña.

Cansado ya por fin de tantas ponderaciones, me arriesgué una noche á preguntar al dueño de mi casa, que conecision tenia la Peña del Prior con tanta brujeria. Espúseme con esta pregunta á una larga y detallada relacion de hechos imaginarios, mas ya no habia remedio; hube de aguantar y escucharle.

Principió así. — «Ha de saber su merced, que cuando yo me casé, hará 40 años y pico, habia en este pueblo un santo varon, que era Prior del convento de Dominicos, que se vé desde mi casa. Nosotros no le veiamos sino en el momento en que decia su misa y cuando nos confesábamos con él. Era hombre sumamente recogido, nunca salia de su celda ni recibia á nadie en el interior del convento. En fin, era un dechado de santidad, y todos le amábamos como si fuera nuestro padre.

Entonces no se hablaba de estas apariciones que se ven ahora á cada momento, ni de estas muertes repentinas, ni habia tantísima vieja, que no hacen otra cosa que brujear toda la noche, con daño de los vecinos y peligro de su alma. Entonces eramos felices y viviamos tranquilos, sin que nada nos asustara de noche en nuestras casas, sin que nos echasen un maleficio á nuestras vacas, sin que vinieran sin saber por donde ni como, tanta region de malos bichos á estropearnos nuestras siembras. La santidad del Prior, auyentaba todo esto que ahora nos persigue.

Hará unos 4 años que llegaron aquí, sin saberse de donde, unos hombres y unas mugeres muy sucios y morenos, que principiaron á correr las calles pidiendo limosna y diciendo la buena-ventura: tenian tan mala traza, que apenas querian recibirlos en ninguna parte, así es que casi se morian de hambre. Visitaron la puerta del convento varias veces pidiendo limosna, mas nunca pudieron conseguir nada, sino que el Prior nos diese aviso secretamente, encargándonos que no nos fiáramos de ellos, porque era gente mala y de diabólicas intenciones. Así pasaron muchos dias, llenando

ellos de maldiciones al Prior y nosotros aborreciéndolos cada vez mas, por lo mucho que nos molestaban con sus continuos pordioseos; pero por último sacaron los pies de las alforjas, y principiaron á hacer daño, ya poniendo enfermas á las personas, ya robando, ya matando nuestras bestias, y en fin cometiendo mil excesos de los que no podíamos vengarnos, porque no podíamos saber á punto fijo que fuesen ellos los autores, aunque lo sospechábamos.

Mas lo que acabó de llenarnos de enojo y rabia, fué la muerte repentina de una perrita dogo que tenia el Prior, y que murió de resultas de unas palabras mágicas, que uno de estos advenedizos murmuró, al tiempo que pasaba con su amo del pueblo al convento. Este suceso fué causa de que el Alcalde tratase de prenderlos, pero sobre este asunto habia que andarse con mucho pulso, pues se temia y con razon, el que nos endiablases á todos, y nos privaran por mucho tiempo de poder vivir en paz, amen de que podia resultar de ello grave peligro para la justicia. Deliberamos muchas horas y se resolvió acometer con el mayor secreto una arruinada casa en que todos juntos vivian. Pero cuando acudimos, ya no estaban allí; aquella misma noche habian desaparecido. Solo encontramos una ancha hoguera encendida, y en la pared de enfrente unas grandes manchas de color de sangre, que parecian letras; mas como ninguno de nosotros sabia leer, fué preciso llamar al Fiel de fechos para que lo leyera. Indispensable fué que el Sr. Alcalde se revistiera de toda su dignidad, para que el Fiel de fechos se resolviera á entrar; mas en fin entró, y trémulo y balbuciente leyó estas palabras: «*Guardese el que ha sido la causa de esta persecucion, porque tiene que morir.*»

A los pocos dias de este suceso, tuvo nuestro padre Prior que hacer un viage, en que llevaba dinero para entregarlo en otro pueblo; acompañábale un mozo de nuestro lugar. Iba el Padre montado en una mula y hablaba con Santiago de asuntos religiosos; entraron en ese espeso pinar que se vé al frente del pueblo al anochecer; la luna estaba clara y se veia lo mismo que si fuera de dia. Al llegar á un enorme peñasco que divide el camino en dos ramales, le salieron cuatro hombres que le acometieron de improviso, y le sugetaron lo mismo que á Santiago. Ataron al mozo á un árbol, y mandaronle ver y callar, pues de lo contrario le costaría la vida.

Estos cuatro hombres eran de los mismos que ha-

bian estado en el pueblo. Hablaron un momento en una lengua estraña, y despues se dirigieron al Prior, á quien echaron en cara su poca caridad, y la persecucion que habian sufrido por su causa, diciéndole por último, que se acordara de las palabras de color de sangre, y que se dispusiera á morir. Asustóse sobre manera el Padre, rogó, suplicó, lloró, mas todo fué en vano. Sujetáronle de pies y manos, le despojaron de toda su ropa y le arrastraron hácia la peña.

El mozo que veia esta escena horrible, estaba pálido de terror, y temblaba como si sufriera de tercianas; mas no se atrevia á chistar, temeroso de que aquellos fieros demonios cumpliesen la amenaza que le hicieron.

Entre tanto forcejeaba el robusto Prior y les decia:—mirad lo que vais hacer, desgraciados! Vais á asesinar á un hijo de la iglesia; á un ungido del Señor, y Dios cuya cólera es pronta y terrible os castigará.

Una sonora carcajada fué la respuesta de aquellos foragidos.

--Dios... queria continuar el Prior, pero fué interrumpido de nuevo con otra carcajada.

--Nada digas, hombre, gritó uno de ellos; tú nos has querido matar de hambre, y nos has perseguido, sin merecer ni lo uno, ni lo otro; debes morir, y no te resistas; muere como hombre y no como un cobarde. Tu dinero será para nosotros, y tu muerte servirá de escarmiento para arredrar á otros que intenten perseguir al desgraciado.

Entonces acababan de llegar á la peña. Poco despues oyó Santiago un hondo y doloroso gemido: el mozo al oirlo, hizo un violento esfuerzo, rompió las cuerdas que le sujetaban al árbol y se precipitó hácia la peña. Al llegar, todo habia desaparecido; solo el cuerpo del Prior estaba recostado en la piedra y una halsa de sangre junto á él.

El santo varon habia sido degollado.

Arrojóse Santiago en el suelo, golpeando su rostro con la tierra, llorando amargamente y maldiciendo en alta voz á los autores de tan horrendo crimen. No haria dos minutos que estaba en esta disposicion, cuando uno de aquellos foragidos, se apareció de repente, con las manos tintas en sangre todavia.

--Nada ha de quedar de él, dijo con voz de trueno, ni aun el cuerpo; todo ha de morir con él... ¡Ojalá pudieramos borrar hasta su memoria!

Y le agarró de las piernas procurando arrastrarle

hacia una profunda sima que habia en un hueco de la peña. Apenas vió Santiago lo que este hombre queria hacer, se avalanzó á él con el furor y la desesperacion pintado en el rostro. Trabóse una obstinada lucha, y tal vez hubiera hecho pedazos al foragido, si éste no diera un agudo silvido que atrajo en su ayuda á sus tres compañeros. Derribáronle en el suelo y le dieron muchos golpes; su antagonista quiso matarle, pero uno de ellos se opuso diciendo:

--Es fiel como un perro, que cuando no puede defender al amo, guarda el cadáver. Dejadle.

Poco despues oyó Santiago los golpes que una cosa pesada daba al caer en una sima honda y estrecha.

Este infeliz se volvió loco, y cuando se instruyó la causa contra él de robo y asesinato, no pudo responder nada con orden, ni sentido. Estos detalles que acabo de referir á su merced, los he sabido por él mismo, pues en los intervalos de juicio que tuvo despues de pasados algunos años, contaba bañado en lágrimas el triste fin, del desgraciado Prior.

Desde entonces se llamó aquel sitio *La Peña del Prior*. Se colocó una cruz roja en el parage en que fué degollado, pero nunca subsistió, pues al instante la arrancaba una mano invisible, que inutilizaba cuantas pesquisas hicimos para ver de atraparle. Varias veces hemos colocado centinelas para guardar la cruz por algunas noches, pero tambien ha sido en vano, pues las horribles visiones que por de noche han presenciado los hombres que han estado allí, han infundido un terror pánico en todos los vecinos, así mozos como viejos, y nos hemos visto precisados á no poner ya mas el signo de la redencion.

Sin duda Dios quiere castigar á este pueblo, pues desde que sucedió aquel horrible asesinato, no tenemos un punto de sosiego; nos persiguen por todos lados mil clases y especies de maleficios, y para concluir con nosotros, ha permitido el Señor, que la voz del Prior se deje oír en el hueco del despeñadero donde fué arrojado su cuerpo, semejante á un ronco quegido y como si pidiese vengáramos su suerte.

Al día siguiente visité aquel sitio tan nombrado. Ví el hermoso cuadro que se presentaba á mi vista por todos lados, me asomé á la boca de la sima, y efectivamente oí un ruido, pero me pareció un ruido muy semejante al del agua que corre y se despeña por un subterráneo; con todo, no podré asegurarlo, porque

podria ser tambien que entonces me hallase yo poseido de algun genio maléfico que me hiciese ver y oír lo que no habia, y puede que fuera clara y distinta la voz del Prior de Dominicos, lo que á mi me pareció agua.

Lo que si puedo asegurar es, que es un sitio excelente, para dejar á un hombre sin camisa, como suele suceder muy á menudo en la *Peña del Prior*.

Febrero 1836. — J. AUGUSTO DE OCHOA.



Como era de esperar, la real Academia de San Fernando, despues de celebrar una junta extraordinaria el domingo 21 del corriente, para tratar del modo de evitar la demolicion de los principales conventos entre los siete propuestos por la junta encargada de destinarlos, dispuso elevar al Gobierno una respetuosa pero enérgica esposicion, escitando su interés hacia un punto de tanta consideracion. Sabemos y anunciamos al público con satisfaccion que esta esposicion ha sido ya conducida á su destino: y nos prometemos que en virtud de ella no nos veremos en la precision de declamar por mas tiempo contra una medida de tanta influencia en el círculo de los hombres aun no enemistados con el ingenio. —No podia ser de otra manera: la Academia es sabia; y no era posible que esta corporacion responsable ante todo el mundo civilizado del cumplimiento de uno de los principales obgetos de su mision, contemplara impasible la escena en que íbamos á representar todos los españoles el cuadro sombrío de un argumento tan poco favorable en verdad á nuestro estado, sin opo-

nerse al desalumbrado ensayo que iba á precederle. — A los señores de la junta de conventos incumbía el destino de ella: á la Academia el señalar los de mérito que habian de conservarse.

Con igual satisfaccion anunciamos á la juventud artística española, á esa querida seccion de la sociedad, mas efulgente aún, cuanto mas combatida por la nube adusta que sombrea el seno de la patria, que presto tendrá lugar de admirar y estudiar cómodamente en un *museo nacional*, las hermosas obras de nuestra escuela de que hasta ahora se habian visto privados. — En efecto, ha concedido el Gobierno para este fin el espacioso y bello convento de la *Trinidad*; con esto hemos recibido un bien duplicado — la instalacion de un edificio público *necesario*, y la conservacion de un templo magestuoso y elegante, cuya ruina hubieran deplorado nuestros artistas.

El Pecador.

(A Camilo.)

Adormecido y triste caminaba
Por la senda de un mundo relajado,
Y presa miserable del pecado

Yo viera mi horfandad.

Un genio destructor me dominaba,
Y el acerbo veneno me nutría,
Y mi cándido pecho corrompia
Con leyes de maldad.

El recuerdo de gloria y de ventura,
La brillante inocencia de mi vida,
Cubrióla con la venda maldecida

Cual ejemplo infernal;
Y el cuadro de la infamia y la locura
Delante de mis ojos ofreciera,
Y el abismo de penas me encubriera
Que vienen trás el mal.

¡ Ah! joven inesperto y candoroso,
Para mí, cada pecho era un sagrario,
Y los pliegues helados del sudario
Tocara sin temor.

Llamábanme los hombres venturoso,
Y si ventura diera la pureza,
Era yo mas feliz que la belleza
En su primer amor.

Aunque huérfano y pobre, no envidiara
La dicha de magnates y señores,
Ni al querido mortal de los amores

Tuviera en mas que á mí.
La vida cual un soplo contemplara,
Y despues de la vida viera el cielo,
Y el amor de una madre que es consuelo
Para quien gime aquí.

Y en tanto Dios me diera un tierno hermano
Que me amaba y amé cual no se ama,
Y en mi pecho estinguí la ardiente llama
De otro profano amor.
Todo durara un dia, que la mano
Del que siempre será, se alzó y maldijo
Al mísero mortal, malvado hijo
Que perdió su temor.

¿ De qué me sirve el llanto que ahora vierto?
¿ Si los dias borrar con él pudiera!
¿ Si el tiempo en las memorias se perdiera
Sin poderlas hallar!

La opinion de los hombres es desierto,
Y el llanto cual semilla allí arrojada,
Y mi alma la arena requemada....
¿ Esto si que es penar!

Ignominia y baldon sobre mi frente,
Amargura infernal al alma mia,
Y oir eternamente la agonía

Qué no habrá de acabar!
Ser befa de los hombres y del cielo,
Ver pesar maldicion sobre su nombre,
Y tener mas candor que todo hombre,
¿ Esto si que es penar!

Mas valiera vivir en el infierno,
Y verse arder cual arde un condenado,
Que ver su corazan despedazado
Para siempre jamás.

¡Triste, triste es vivir cuando es eterno
El dolor y amargura de la vida!
Para medir la pena no hay medida
En humano compás!

¡Si al menos en mi hora de quebranto
De la dulce beldad lágrimas viera,
Y lágrimas ardientes que vertiera
De tierno amor por mí!

¡Si una sola me amase bajo el cielo,
Si amante me dijera: «yo te adoro»
Si recogiese ávida mi lloro,
Con ciego frenesí!

¡Si me dijese tierna «te perdono
En nombre del Señor de los señores;
En mi pecho derrama tus dolores
Que yo los beberé!»

Si al fuego de mis ojos se encendiera,
Si me amase cual yo la adoraria,
Si digera sin fin: «¡aurora mia
Con tigo moriré!...»

Pero jamas un acento
De ternura yo escuchara,
Nunca jamás el contento
En mi seno se albergara.

Al verme, tierna beldad
Se torna en mármol helado;
Tan solo me ama el pecado
Y me alaga la maldad.

Y en el invierno, del frio
Nunca un seno me guardó,
Nunca nadie suspiró
Al latir el pecho mio.

Maldicion de eterno fuego
Pesa sobre el alma mia,
Y cada cual se desvia
Si á tocar su mano llego.

Cada cual injuria arroja
Sobre mi rostro marchito;
Cada cual dice: «Maldito,
Mira aquella banda roja:»

«Aquello es fuego celeste
Que caerá sobre tí;
Dios te separa de mí
Como separa la peste.»

¡Ah! todos me abandonaron
A mi suerte malhadada;
Todos mi frente pisaron
En la hora desgraciada.

Todos ¡ah! todos, menos tú, mi amigo,
Mi amigo generoso que enjugaste
Mi llanto de dolor; y que arrancaste
Mi alma del no ser.

Tu amistad bienhechora me consuela,
Tu amistad me promete la ventura....
¡Ah! qué fuera de mí sin tu ternura,
Sin tu amante querer!

En medio de mis penas y aflicciones
Tu amistad me enagena noche y dia;
¡Nunca el Señor te dé mas que alegría
Y venturosa paz!
¡Amar á un infeliz sea tu gloria,
La fama te corone de laureles,
Nunca cubran tus huesos oropeles,
Tu alma falso solaz!

¡Nunca tu noble frente ajada sea,
Nunca el pecho oprimido así se vea
Cual el mio se vé!

¡Y que tu parte de miseria y muerte
Sobre mí caiga, y mi felice suerte
Sin fin bendeciré!

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.

Ahora que con motivo de haberse vuelto á poner en escena el drama romántico original de D. Angel Saavedra, titulado *la Fuerza del Sino*, ha adquirido nuevo interés esta obra tan notable de que ya hemos hablado en varias ocasiones, creemos que verán con gusto nuestros lectores el siguiente *exámen* del citado drama, lleno de ideas luminosas y nuevas, que es obra de un joven poeta, cuyos hermosos versos han figurado ya muy ventajosamente en las páginas de nuestro *Artista*.

Exámen

del Don Alvaro

LA FUERZA DEL SINO.

Drama original en cinco jornadas, y en prosa y verso de D. Angel de Saavedra, duque de Rivas.

En todos los tiempos y naciones la política ha ocupado una parte de la atención pública; pero jamás ha merecido una consideración tan exclusiva, jamás ha logrado un imperio tan absoluto y universal como en el siglo que alcanzamos. Objeto de todas las conversaciones, blanco del interés común, esta reina de la opinión ha llegado á enseñorearse de la imaginación de los hombres, y en nuestra España, víctima más que las otras naciones de esta invasora dominación, hasta el sexo que más se aparta, por su blandura y candidez, de las intrigas y desastres en que vá casi siempre envuelta la política, se ha persuadido neciamente de que le está reservado un lugar en el exámen de sus arduas cuestiones. En otro tiempo los guerreros, los magnates y los palaciegos eran los solos que por satisfacer su ambición ó halagar su deseo de gloria, tomaban una parte activa en los manejos del gobierno y en las agitaciones de la guerra: los demás eran figuras automáticas que recibían el impulso que alguno quería darles sin

investigar su procedencia, ni considerar sus efectos. En la presente centuria, desde el hombre de los palacios hasta el habitante de los tugurios, desde el literato hasta el hombre de la naturaleza, todos tienen el color de un partido, todos reconocen un derecho á oponerse al que trabaja por derrocar su prosperidad. De aquí ha nacido, que al paso que las ideas de libertad moral y política han ido cundiendo en la masa de la nación, la afición á los estudios amenos ha ido desapareciendo, y la poesía que en su mayor parte es hija del sosiego, no ha podido seguir el ímpetu atrevido que en el siglo XVI le comunicaron la dulce melodía de la lira de Garcilaso, la tersa versificación de Rioja y los cantos magníficos de Herrera. Entonces las letras y las artes eran más estimadas del público, y hasta el gobierno las premiaba alguna vez, con tal que no conspirasen á sobresaltar el poder absoluto, á enfurecer el implacable santo oficio ó á despertar en el vulgo la libertad de pensar, que una vez difundida, mal podría conservar su hipócrita preponderancia el feudalismo monacal. Este mismo vulgo, aunque sobradamente rudo y numeroso, veía con gusto representar en el teatro la párodia de sus extravagancias y aplaudía sin discernimiento á los autores que tomaban á su cargo la ocupación de divertirle. De aquí tomó origen el prodigioso número de piezas dramáticas que á la sazón anegaban la escena y la escasa lima con que las pulían sus autores: de aquí aquel teatro nacional, depósito á un tiempo de las más sublimes bellezas y de las trivialidades más repugnantes al buen gusto: de aquí en fin aquellos asombrosos ingenios que se prestaban á todas las formas, aquella invención siempre variada, siempre llena de fuego y lozanía.

Entonces orgullosos con el lauro de la originalidad que habíamos arrancado á nuestro genio independiente, dábamos leyes á la escena universal, y el teatro francés, con ser nuestro rival, tuvo que sugetarse á la humillación de calcar su gusto y sus formas sobre las producciones del nuestro. ¿Qué ha sido pues de aquella gloria escénica? ¿En qué han venido á parar aquella amenidad, aquella superabundancia de composiciones

dramáticas que sobraba en nuestros teatros y enriquecía los extranjeros? Desde fines del siglo XVII principió á marchitarse el laurel de nuestra poesía cómica, á poder de muchas causas que nada tienen de literarias, y los franceses, antes nuestros imitadores, principiaron á dominar en nuestros teatros.

Una plaga de insulsas traducciones, bien que dignas de sus originales, han estragado nuestra escena; y esta decadencia es en el día tan visible que si por ventura aparece entre nosotros un drama original le miramos á nuestro pesar como una maravilla literaria, cual si con la pérdida de la costumbre hubiésemos perdido el derecho de escribir dramas.

Los restos de nuestra antigua gloria cómica han sido contemplados hasta ahora por los eruditos con una veneración supersticiosa que no ha bastado, empero, á desenvolver en sus inertes almas el fuego de la invención libre que respiran casi todas nuestras comedias antiguas, desde la *Celestina* hasta las últimas de Cañizares, olvidando torpemente que estos restos son las ruinas de un edificio colosal y ostentoso, donde aun halla el observador modelos de sublime estructura y bellos rasgos de proporcion y ornato.

Bajo este acertado punto de vista han sido mirados por el ilustre autor del *D. Alvaro* ó *la fuerza del sino*. Al aparecer este drama en la escena española, hemos sentido la sorpresa que nos acomete siempre que vemos una producción original de nuestros poetas dramáticos, lo que sucede muy raras veces, unida á la que debía nacer de las extrañas formas del drama. Eco á un tiempo de nuestro teatro antiguo y del romanticismo moderno, é hija de una inspiración cuyo origen no se conoce, esta composición singular ha debido llamar la atención y la ha llamado fuertemente.

Nosotros viviendo en Sevilla, cuyas costumbres están retratadas en algunas escenas como en un espejo veraz, no hemos podido sustraernos ni á la admiración que nos ha causado su simple lectura, ni á la tentación de manifestar nuestra opinión acerca de su mérito; aunque sin hacer ordenadamente un examen analítico de cada una de sus

partes, porque este trabajo ha sido desempeñado ya con acierto por la mayor parte de los periódicos de la corte.

Cualquiera que haya leído el *D. Alvaro*, conocerá que su argumento es la reunión de los sucesos mas interesantes de la vida de un desgraciado. De esta manera de formarlo, unida á la imaginación fogosa y productiva del poeta, ha resultado que rebosa de incidentes que si bien eminentemente dramáticos y magistralmente presentados, necesitan en nuestro sentir, para desenvolverse completamente, límites menos estrechos que los de un simple drama. Pero esta variedad que no degenera en confusión sirve tal vez para entretenir mas al espectador, y en este caso solo prueba los recursos del autor y el triunfo de su desempeño.

Es de notar que siendo el drama un depósito de principios de la moral mas pura, no ha precedido á su formación la idea de satirizar algun vicio, de corregir alguna pasión, de combatir las preocupaciones, de ridiculizar alguna humana debilidad. Hasta ahora tales han sido los blancos de casi todos los escritores dramáticos. El ridículo de los estravios y de las manías del hombre, de la manera que lo han usado Molière, Regnard, Scribe, Picard; el escarmiento como lo han presentado en la escena Ducange, Kotzebue y la mayor parte de los autores trágicos, ó ambas cosas reunidas, han constituido las armas de corrección que debían reformar las costumbres populares, y estas armas eran como el faro que no debían perder de vista los poetas en la composición de un drama. En el *Don Alvaro* no se descubre ningun objeto de esta especie. Los lances, aunque íntimamente conexos entre sí, no van naciendo sucesivamente de la conducta anterior de los personajes, como sucede en las comedias clásicas, sino del incontrastable poder del destino, de las inmutables leyes de la suerte, de *la fuerza del sino*. Así es, que en aquellas, la exposición y á veces solo el título revela la mayor parte de la intriga y los matrimonios finales, mientras que en el *D. Alvaro* nadie puede inferir de las escenas antecedentes la progresión del argumento.

La infracción de las unidades rutinarias, el

número de los actores, la circunstancia de salir algunos de ellos solo en una escena, y la colocación de las situaciones altamente trágicas al lado de otras vulgares y chocarreras, ha alarmado á los clásicos; y creyendo justamente que su despotismo literario vacilaba, han multiplicado las diatribas para sofocar en su origen estas innovaciones peligrosas, capaces de empañar sus rancias glorias; pero en valde, por fortuna de los buenos estudios: la naciente Europa se ha declarado partidaria del bando libertador del yugo clásico, y la juventud española ha corrido á participar de la gloria de sus banderas.

Nosotros, hijos del siglo XIX, mal podríamos hacer frente á la moderna escuela sin atraer sobre nosotros el baldon de ser contados como adictos al sistema de retrogradación literaria. Somos partidarios del romanticismo y tenemos en ello una distinguida vanagloria; pero no queremos sin embargo pertenecer al número de aquellos exagerados románticos que miran el solo nombre de *clasicismo* como el sello de la desaprobación, y que aseguran sin rebozo que cuanto hay anterior á esta reciente secta, ó es indigno de ser leído, ó lo escribieron románticamente sus autores sin haber caído en ello. Nosotros, menos exaltados, aunque profesamos el espíritu de esta escuela como el camino mas franco para que campée libre la imaginación, no nos atrevemos á proclamarlo un género exclusivo, un tipo absoluto de la perfección. Antes bien le encontramos algunos defectos, por que, á decir verdad ¿qué humana invención podrá creerse totalmente inmune de defectos? — Vamos á fijar nuestra opinión en esta parte contrayendonos al D. Alvaro.

(Se continuará.)

En la librería estrangera de Denné y Compañía, calle de los Jardines, se reciben suscripciones á la nueva edición de las *obras completas* de Chateaubriand, que publica una asociación de libreros admiradores de aquel genio inmortal.

No diremos á los que esto lean que vayan á la espresada librería de Denné y se suscriban al mo-

mento á estas obras, porque respetamos las haciendas ajenas y tenemos entendido que, aunque infinitamente baratas atendida su primerosa edición, pueden ser respectivamente caras para la gente económica; pero si les dirémos que vayan á admirar con todos sus cinco sentidos la colección de las estampas que deben pertenecer al tomo primero de estas obras y que son un dechado, un prodigio en su género. La muestra de la edición que nos presenta el *prospecto* no puede ser mas bella. Además, y no es cosa de despreciar, entre los suscriptores á estas obras admirables se sortearán la friolera de 180.000 francos (720.000 reales vellon) en metálico y en libros.

¿Cuando querrá Dios que veamos planteada en nuestra cara patria una empresa de esta naturaleza? ¿Cuando dejará de ser un prodigio en Madrid cualquier edición que no sea de todo punto indecente? ¿Cuando verémos dignamente apreciados el ingenio, el saber, las artes?... Por el pronto, vamos demoliendo edificios; siempre es hacer algo. Luego trataremos de reedificar otros nuevos con los infinitos saber y riqueza que nos rebosan por todos los poros.

Hemos visto en las esquinas de las calles, el prospecto de un nuevo periódico, de un *Jorobado* que probablemente nos hará reir mucho si corresponden los números á lo que promete el anuncio. Sentiríamos sin embargo que, dejándose llevar de un efecto de buen humor ó tal vez de venganza (pues el *Jorobado* diz que ha sido muy jorobado en esta vida) fuese el espresado periódico tan torcido de palabras é intenciones como de configuración material. Bueno es reir; pero la política, el honor de los hombres y sobre todo las circunstancias presentes de la patria son muy graves: mas deben estar los españoles para reflexiones profundas y austeras que para rechiflas y chistecillos.

Enfin, esperémos y veamos venir al *Jorobado*; probablemente jorobará á mas de cuatro.

ESTAMPA. = D. Quijote

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. — FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRESA DE I. SANCHA.



R^o Lit. de Madrid.

"Colgó la Cañizares el candil de la pared..."
(Continúa la historia.)

número de los actores, la circunstancia de salir algunos de ellos solo en una escena, y la colocación de las situaciones altamente trágicas al lado de otras vulgares y chocarreras, ha alarmado á los clásicos; y creyendo justamente que su despotismo literario vacilaba, han multiplicado las diatribas para sofocar en su origen estas innovaciones peligrosas, capaces de empañar sus rancias glorias; pero en valde, por fortuna de los buenos estudios: la naciente Europa se ha declarado partidaria del bando libertador del yugo clásico, y la juventud española ha corrido á participar de la gloria de sus banderas.

Nosotros, hijos del siglo XIX, mal podríamos hacer frente á la moderna escuela sin atraer sobre nosotros el baldon de ser contados como adictos al sistema de retrogradación literaria. Somos partidarios del romanticismo y tenemos en ello una distinguida vanagloria; pero no queremos sin embargo pertenecer al número de aquellos exagerados románticos que miran el solo nombre de *clasicismo* como el sello de la desaprobación, y que aseguran sin rebozo que cuanto hay anterior á esta reciente secta, ó es indigno de ser leído, ó lo escribieron románticamente sus autores sin haber caído en ello. Nosotros, menos exaltados, aunque profesamos el espíritu de esta escuela como el camino mas franco para que campée libre la imaginación, no nos atrevemos á proclamarlo un género exclusivo, un tipo absoluto de la perfección. Antes bien le encontramos algunos defectos, por que, á decir verdad ¿qué humana invención podrá creerse totalmente inmune de defectos? — Vamos á fijar nuestra opinión en esta parte contrayendonos al D. Alvaro.

(Se continuará.)

En la librería estrangera de Denné y Compañía, calle de los Jardines, se reciben suscripciones á la nueva edición de las *obras completas* de Chateaubriand, que publica una asociación de libreros admiradores de aquel genio inmortal.

No diremos á los que esto lean que vayan á la espresada librería de Denné y se suscriban al mo-

mento á estas obras, porque respetamos las haciendas ajenas y tenemos entendido que, aunque infinitamente baratas atendida su primerosa edición, pueden ser respectivamente caras para la gente económica; pero si les dirémos que vayan á admirar con todos sus cinco sentidos la colección de las estampas que deben pertenecer al tomo primero de estas obras y que son un dechado, un prodigio en su género. La muestra de la edición que nos presenta el *prospecto* no puede ser mas bella. Además, y no es cosa de despreciar, entre los suscriptores á estas obras admirables se sortearán la friolera de 180.000 francos (720.000 reales vellón) en metálico y en libros.

¿Cuando querrá Dios que veamos planteada en nuestra cara patria una empresa de esta naturaleza? ¿Cuando dejará de ser un prodigio en Madrid cualquier edición que no sea de todo punto indecente? ¿Cuando verémos dignamente apreciados el ingenio, el saber, las artes?... Por el pronto, vamos demoliendo edificios; siempre es hacer algo. Luego trataremos de reedificar otros nuevos con los infinitos saber y riqueza que nos rebosan por todos los poros.

Hemos visto en las esquinas de las calles, el prospecto de un nuevo periódico, de un *Jorobado* que probablemente nos hará reir mucho si corresponden los números á lo que promete el anuncio. Sentiríamos sin embargo que, dejándose llevar de un efecto de buen humor ó tal vez de venganza (pues el *Jorobado* diz que ha sido muy jorobado en esta vida) fuese el espresado periódico tan torcido de palabras é intenciones como de configuración material. Bueno es reir; pero la política, el honor de los hombres y sobre todo las circunstancias presentes de la patria son muy graves: mas deben estar los españoles para reflexiones profundas y austeras que para rechiflas y chistecillos.

Enfin, esperémos y veamos venir al *Jorobado*; probablemente jorobará á mas de cuatro.

ESTAMPA. = D. Quijote

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. — FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRESA DE I. SANCHA.



R^a Lit. de Madrid.

"Colgó la Cañizares el candil de la pared..."
(Comenzó los poemas.)



EL ARTISTA.



M. L. de Madrid

RINCONETE Y CORTADILLO.

(Cervantes.)



EL ARTISTA.



W. L. de Madrid

RINCONETE Y CORTADILLO.

(Cervantes.)

